

No hay nadie...

«La invasión del nosotros»¹, editorial de padre Thierry de Roucy

Vimos, en el capítulo titulado «Un retorno a los porqué», que la búsqueda del sentido, el sentido de la realidad y el de mi existencia, no es solamente la expresión de la curiosidad particular de algunos, sino que expresa un elemento esencial del corazón humano, que echa raíces en lo más hondo de cada uno de nosotros. Es por eso que vaciar (encuentros 6 y 7) o reducir (encuentro 8) esta búsqueda arrastra irremediablemente una pérdida de humanidad, un empobrecimiento de la vida. En los dos encuentros próximos descubriremos las consecuencias dramáticas de estas «actitudes irracionales»: la desaparición de la persona en el anonimato del «nosotros» (encuentro 9) y la soledad que emana de eso, ya que no hay amistad sino entre personas capaces de decir «yo» (encuentro 10).

Desde que tengo la gracia de confesar, una cosa no deja de sorprenderme: es el número de penitentes que se confiesan de sus pecados diciendo: «“Uno” estuvo goloso... “Uno” se levanta muy tarde... “Uno” tiene dificultad para decir la verdad... » Y en las conversaciones espirituales, noto el mismo fenómeno: «“Uno” quisiera consejos para rezar mejor... “A uno” le gustaría ser ayudado para vivir en comunidad de una manera más caritativa...» Más sorprendentes todavía, las preguntas de una médica que tuve que consultar hace algunas semanas y que, para hacer el diagnóstico, me interrogaba así: « Parece que estamos cansados, ¿no? Puede ser que tengamos la presión baja... Puede ser que atrapamos un virus en África... Vamos a verificar...» Yo estaba tan sorprendido de esta forma de hablar que no sabía qué responder... Me preguntaba a quién ella podía dirigirse ya que no me miraba... ¿Dónde estaba el “nosotros” a quien le hablaba? Tal vez había en su consultorio un enfermo “virtual”...

Tenemos aquí, una característica bien dolorosa de nuestra época: el penitente se acusa como un “nosotros”, el enfermo es asistido como un “nosotros”, y la lista, lamentablemente, podría no terminarse aquí. Hay hoy, en nuestra sociedad, ¡muchos más de «nosotros» que de «yo»! Nuestra sociedad se convirtió en una sociedad anónima dirigida muchas veces por comisiones, por concejos, por asambleas, por conferencias que no tienen ningún rostro...Y a veces esta enfermedad, esta ausencia llega a la Iglesia. Y eso duele...

¿Qué esconde todo esto? Un vacío y un miedo. El vacío de personas que tienen realmente conciencia de que cada una de sus decisiones, cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos tienen una influencia de primera importancia sobre su destino. El miedo de aquellos que temen que sus decisiones o sus opiniones tengan una repercusión negativa en la imagen que la sociedad tiene de ellos; el miedo de comprometerse en vistas a un bien mayor; el miedo de ir a contracorriente de la deriva general. En este sentido, nuestra humanidad se asemeja extrañamente al museo de cera que describía el Padre Maurice Zundel en 1948:

«La humanidad de nuestro tiempo es un museo de cera. Nosotros vemos grupos que hacen gestos, gozan de buena situación, tienen roles... pero no hay nadie.

El mundo es como un gran cementerio, la casa de los muertos... no hay nadie y ésta es la gran tragedia de nuestra época. Las estatuas que percibimos nos interesan hasta el momento en que vemos que ellas no tienen vida, sus gestos, sus actitudes son inmóviles... no hay nadie.

¹ NdT. Padre Thierry utiliza en este editorial el prenombre “on” que no tiene un equivalente en español. Cuando se encuentra sólo se le traduce por “nosotros” pero cuando se utiliza en un sentido impersonal se traduce por “uno/a”.

Alrededor de los tapetes verdes², hay intereses y negocios que defender, hay instintos, impulsos, necesidades físicas, reivindicaciones de grupo, de individuos, pero...no hay nadie. [...]

No hay nadie detrás de las conversaciones, se digiere, se rumia, se propaga cualquier cosa...no hay nadie, solamente el amor propio, los esquemas, la vanidad herida, los celos, la ambición, pero es siempre el mismo juego impersonal... una ausencia formidable...

Esto no quiere decir, sin embargo, que la humanidad no sea interesante, esto significa que ella aún no existe. La humanidad aún no nació.»

Yo releí todo el Evangelio. En la boca de Jesús, no encontré ni un solo “nosotros”. Sólo encontré un “yo” fuerte, poderoso y, a la vez, humilde y misericordioso. Jesús no tiene miedo de proclamar la verdad sobre Dios, sobre Él mismo. Él no huye. Ni de su tiempo, ni de sus adversarios, ni de su destino. Él no arroja la falta sobre otro. Al contrario, Él toma sobre sí el pecado de todos y se compromete hasta la muerte.

Cristo, es quizás, el único que nos enseña verdaderamente a decir “yo” y que, sobretodo, nos permite comprometer a cada instante nuestra responsabilidad personal, sin que por eso temblemos constantemente, porque Él es misericordia. Él nos lo enseña en cada sacramento porque nada puede comprometer tanto nuestro “yo” como recibir los sacramentos de la Iglesia. Él nos lo enseña en la proclamación del Evangelio que todos nosotros estamos llamados, de una forma o de otra, a hacer. Él nos lo enseña en la intimidad de la oración donde su gracia fortifica en nosotros el hombre interior.

En este sentido, Cristo es verdaderamente el rabí, el maestro que viene formar la humanidad nueva. Aquella donde, en cada Navidad, esperamos un poco más el nacimiento.

Padre Thierry de Roucy



Imagen de la película «Las alas del deseo»
Wim Wenders, Berlin, 1987

² NdT. de las mesas de juego